

EL ECO DE CARTAGENA.

Martes 15 de Octubre de 1878.

LAS NUBES.

¿Quién no ha contemplado en alguna tarde de cielo sereno la limpia bóveda azulada que se cierno sobre nuestras cabezas? ¿Quién no admira los efectos de luz de esas masas aéreas que varían del blanco más puro á los espléndidos colores de púrpura y oro; esas verdaderas sílfides que en alas del viento recorren la atmósfera, deteniéndose en ciertos parajes para desde allí derramar lluvia que fecunde la sávia de los campos, esas montañas flotantes en los espacios atmosféricos que cubren e estrellado firmamento cual ligera gasa, formando mil caprichosos dibujos de carácter fantasmagórico?

¿A qué consideraciones se presta la contemplación científica? Parece cuando en ella estais absortos, que vuestro espíritu se eleva á más altas regiones, el cuerpo pierde su gravedad, se vuelve más puro, abandona la costra terrea vuestra fantasía vuela hasta unirse con esas partículas cósmicas, aéreas, hasta donde le abisma la sublimidad de tan magníficas imágenes, llegando á convencerse de que todos somos nada, ó poco más átomos infinitamente pequeños de esa inmensidad llamada cielo.

El calor solar obra directamente sobre las superficies líquidas de nuestro globo terráqueo, como son mares, ríos, estanques y todos los sitios húmedos, trasformando continuamente las capas más superficiales en vapores, que permanecen invisibles, mientras el aire alcance cierta temperatura; los elementos líquidos, al pasar al estado de vapor, pierden su densidad elevándose en la atmósfera á alturas más ó menos considerables; si baja la temperatura, pierden parte de su fluidez; se condensan algo y se hacen visibles; agrupándose y formando esas masas aéreas conocidas con el nombre de nubes, compuestas de gotitas de agua que el aire atrae, para devolverlas á los mares después de fecundar la tierra.

El más obtuso comprende la formación de las nubes si lo compara con el bao caliente, especie de humo que se eleva por encima de un vaso que contenga agua hirviendo; repárese que en la superficie del líquido el vapor es invisible, un poco más arriba, como que la temperatura es más fría, se hacen visibles y se amontonan y arremolinan en forma de copos, en términos que si interceptamos su paso por un plato ó otro objeto frío, se condensa el vapor en gotas sobre su superficie. Este sen-

cillo experimento, que observamos todos los días, nos explica perfectamente la formación de las nubes.

En la naturaleza, de la muerte, de la descomposición de los cuerpos, nacen otros que llenan el espacio y difunden por todas partes la vida. El fruto al secarse, cuando parece que va á morir, se abre, derrama sobre la tierra su semilla, da vida á nuevas plantas que producen á su vez flores y frutos. La gota de agua que se evapora y se pierde, vuelve á caer sobre la tierra convertida en perla de rocío, que trémula descompone los rayos de luz.

En cuanto á la suspensión de las nubes en la atmósfera, Hailey fué el primero que la explicó por la hipótesis de los vapores vesiculares; supone que las nubes están formadas por una porción de vesículas sumamente pequeñas, huecas como las burbujas de jabón y llenas de un aire cálido por efecto de la absorción del calor solar, y por lo tanto, menos densas que el aire del ambiente, de manera, que estas masas de vesículas diminutas, flotan en la atmósfera lo mismo que globos aereostáticos.

Esta teoría, sostenida por renombrados físicos, entre ellos Sausure, fué universalmente aceptada, pero hoy, gracias á los adelantos de la ciencia moderna, ha caído en desgracia; impugnada primero por Desaguliers, y últimamente por Monge, cuenta con numerosos adversarios, quienes admiten que las nubes están formadas por infinidad de gotitas muy pequeñas, pero macizas y flotantes en la atmósfera á consecuencia de las corrientes ascendentes de aire cálido.

Según esta teoría, la inmovilidad del hombre en el sentido vertical, no es más que aparente, pues por su mismo peso tienden á caer; pero atravesando capas que por estar más cercanas á nosotros, son más cálidas por efecto de la irradiación, adquieren mayor fluidez sus capas más bajas, y se vuelven á elevar; de aquí el doble trabajo incómodo de composición y descomposición.

Cuando las nubes ocupan las regiones bajas de la atmósfera, se les llaman nieblas, tan frecuentes en los países del Norte, sobre todo, tan conocidas en Londres, tan negras y tan densas, que en medio del día es tal la oscuridad que reina, que se ven obligados á encender los faroles del alumbrado como si estuvieran en altas horas de la noche.

Según las formas que afectan las nubes, reciben diversos nombres; se les llama «Cizus» á las que se extienden en fajas blancas y transparentes ó filamentos parecidos á lana cardada, que se dirigen de Norte á Sud, situadas á grandes alturas, que por efecto de su temperatura glacial es-

tán formadas de cristales de hielo ó copos de nieve. «Cumulus» esas nubes redondas por la parte superior y aplastadas por la inferior que se acumulan en el horizonte, tomando el aspecto de montañas cubiertas de nieve, «Stratus» las que se extienden en el horizonte, á guisa del sol, de un color como el humo; de vagos contornos y tan comunes á las tardes de estío. Y los «Nimbus» ó nubes de lluvias ó tormenta que todo el mundo conoce por pronosticar lluvia.

Atribúyese á Orfeo el siguiente precioso párrafo:

«Nubes aéreas, celestes viajeras generales de todos los frutos: vosotros que guardais en vuestro seno los tesoros de la lluvia, que recorreis el mundo impelidas por el soplo de los vientos; nubes fulminantes, inflamadas, atronadoras, que unas veces repartis el aire con dulce murmullo, otras con el espantoso silbido de las tempestades; venid luego á verter sobre la tierra las lluvias propicias que su seno fecundan.

Para concluir, diremos que las nubes ejercen una acción directa sobre todos los seres que pueblan nuestro planeta; ellas guardan el calor del sol en los trópicos y solo dan paso al que no puede dañar la tierra. Ellas abastecen de agua á la tierra vegetal, á la que el sol se encarga de elevar del seno de los mares en forma de vapor sutilísimo

MANUEL ESCUDÉ.

MISCELANEA.

REMEDIO DE LOS ARABES CONTRA LA RABIA.

M. L. Reiche acaba de presentar á la Sociedad entomológica de Francia unas muestras entomológicas que por su interés social deben darse á conocer. Estas muestras consisten en unos restos de coleópteros ramitados de Gabes, por el corresponsal M. de Chevarrier, que escribe lo siguiente:

«Adjunto os remito el remedio árabe contra la rabia, que consiste en dos especies de escarabajos de los cuales os remito muestras que me fueron dadas al Sud de Oudorna, por un individuo de la tribu de Armenia, quien poseía una docena de tales insectos que conservaba como una preciosa. Al dármelas detalléme las virtudes que en sí encierran y la manera como debe emplearse. Consulté sobre este particular á un árabe muy inteligente y aseguróme ser verdad: todas las virtudes de aquel insecto, añadiéndome que se encuentra consignado en sus tratados de medicina, en los cuales leí que el Der-

nona (insecto) cura la larabia, siempre que sea administrado antes de trascurrir los veinte primeros días de recibida la mordedura, debiendo suministrarse al enfermo en dosis del valor de un grano de trigo mezclándolo con un pedazo de carne.»

Este insecto posee propiedades vesicantes de gran poder por lo cual es altamente peligroso aumentar demasiado la dosis. Los árabes afirman unánimemente la eficacia de este remedio mientras sea aplicado dentro los diez y ocho ó veinte días de recibida la mordedura. Causa terribles cólicos y de ellos se deduce ser un remedio de una violencia extraordinaria, por lo que debe administrarse con mucha prudencia.

Los coleópteros que me fueron entregados pertenecen á la raza de Melveticos, Rossi y al Mylabris tenebrosa Castelnau, insectos muy vesicantes, de los cuales se conocen del mismo género en Francia; por consiguiente sería bueno ensayar el efecto de nuestro *Cantharis vesicatoria* Liné.

La hidrofobia tal vez podría ser conjurada empleando el vesicante, pues parecen aptos para destruir ó neutralizar tal virus.

Nuestro objeto al publicar estas líneas ha sido dar publicidad á un remedio que parece susceptible de dominar una enfermedad hasta ahora considerada como incurable y por consiguiente llevarla al conocimiento de los médicos para que cuiden éstos de estudiar detenidamente sus efectos.

Al practicar un desmonte en la nueva Rambla de San José de Tarragona, cerca de la cantera abierta en dicho punto se ha hecho un nuevo descubrimiento de diversos objetos del tiempo de los romanos, figurando entre ellos una lámpara funeraria y varias medallas. Dias atrás se encontró también en el propio sitio una espada de la época de los primeros reyes de la casa de Austria y junto á la misma, restos de un cadáver y una granada.

El día 7 de este mes, á la caída de la noche, empezó para los israelitas la fiesta que ellos llaman del Gran Perdón («Yom-Kippour» en hebreo).

Esta fiesta recuerda la toma de Jerusalén por Tito; y se conmemora con una penitencia de las más rigurosas. Los fieles deben permanecer veinticuatro horas completas sin comer. Les está terminantemente prohibido el dedicarse á ninguna especie de trabajo, y al mismo tiempo están impedidos de producir fuego ni luz artificial de ninguna clase.

Retornense en la Sinagoga á las seis de la tarde, cuando apareció en el firmamento la primera estrella; vuelven á estar reunidos al día siguiente.